

Introducción

¿En mérito de qué encantamiento, de qué magia, consigue tal hombre superar los límites del tiempo y de la muerte?” (Zweig, 1936, p. 3)

¿Será posible hacer inferencias válidas sobre los vínculos fraternos en nuestras sociedades contemporáneas a partir del estudio del caso de Antígona y sus hermanos? ¿Podremos identificarnos con los conflictos y las conductas que suscita la relación fraterna en épocas tan remotas? La lectura de las obras clásicas de los antiguos griegos nos revela los más recónditos secretos de las relaciones humanas, y entre éstas, la fraternidad es la que más ambivalencia presenta, pudiendo convertirse en causa de serenidad y confianza en la vida, y en sentido contrario, puede revertirse como fuente de persecución y desasosiego. Al mismo tiempo que la enemistad entre hermanos es capaz de producir las más feroces luchas fratricidas, el cultivo de alianzas fraternas es la mayor motivación para la autorrealización humana.

La relevancia del vínculo fraterno en nuestros tiempos proviene de la alarmante tendencia al aislamiento y desvinculación

interpersonal. Estamos inmersos en un entorno social en el que predominan los temores por encima de la confianza y de la fe. El temor es lo que lleva a los individuos a encerrarse en sí mismos, ya sea por miedo a la muerte, al abandono, a las pérdidas, o a la poca confianza que se tiene en sí mismo y en las propias capacidades para triunfar en un mundo que mide el éxito de acuerdo a un patrón de vida de lujos y confort. Me parece que, en este sentido, el análisis del papel de los hermanos demuestra el gran sostén que representan precisamente en esos momentos de miedo o incertidumbre. Los conflictos de la fratría se reflejan en el drama que envuelve a los cuatro hijos de Edipo; la valentía de Antígona es ejemplo del respaldo que los hermanos son capaces de dar ante las situaciones más desafiantes de la vida.

Otro síntoma del malestar social en nuestro mundo es la proliferación de violencia, sea por guerras, terrorismo, crimen organizado, violencia callejera o agresión escolar. Todo ello trae consigo una forma de socialización temerosa, desconfiada y muy belicosa. Efectivamente, desde la etapa escolar es posible observar la elevación constante de conductas disruptivas, como el *bullying* y otro tipo de agresiones. Estas no son sino manifestaciones sociales de los conflictos fraternos que no logran superar el nivel de rivalidad para acceder a la solidaridad.

Cada vez es más frecuente la desintegración de las familias y tampoco es rara la organización familiar del tipo casa-hotel, en donde cada uno habita en su espacio y en sus propios tiempos en soledad. Esta soledad es la principal causa del malestar actual y de muchos trastornos emocionales; de hecho, la depresión como padecimiento crónico se extiende más y más entre la población mundial. En la década pasada ni siquiera se diagnosticaba como una enfermedad en los niños y ahora ya se considera como uno de los trastornos más preocupantes de la salud mental infantil. De acuerdo a las estimaciones de la Organización Mundial de la

Salud¹, más de 300 millones de personas en el mundo padecen depresión y el porcentaje se ha elevado en 18 por ciento en la última década.

Al iniciar este trabajo me preguntaba qué factores podrían intervenir en el hecho de que los hermanos llevaran sus rencillas al extremo del fratricidio; o al contrario, que su amor y cercanía los convirtiera en los mejores aliados en la vida. En la medida en que avanzaba en mi investigación, descubrí que la fratría no sólo se forma por la hermandad de sangre, sino que los hermanos comparten una serie de legados que reciben de sus padres y que incluso en ocasiones provienen de abuelos o bisabuelos. Además, las circunstancias de vida que comparten los hermanos los inclinan a relacionarse entre sí de cierta manera, de modo que cada uno va asumiendo roles de acuerdo a las necesidades funcionales de la familia. El comportamiento de los hermanos muchas veces depende del orden de nacimiento, pero también surge de las habilidades y virtudes de cada uno. Por ejemplo, ante un padre ausente, es frecuente que alguno asuma tareas paternas, como el apoyo económico o la protección de los demás.

En el caso de Antígona y sus hermanos, reciben un legado transgeneracional de maldiciones debido a los graves crímenes y transgresiones de sus ancestros, una generación tras otra, hasta llegar al incesto de Edipo con su madre Yocasta, del cual nacen sus cuatro hijos. La cadena de maldiciones se remonta a las que se lanzaron sobre la descendencia de Layo al haber abusado de Crisipo (Sófocles, 2000, Introd. p. 137), como se describe en el capítulo tercero.

1. El análisis se encuentra en la página de la Organización Mundial de la Salud con el título: "*Depresión: hablemos*". La depresión encabeza la lista de causas de enfermedad. Información disponible en: http://www.who.int/mental_health/management/depression/en/ Consultados 24 de abril, 2018.

No se puede pensar en ascendencia más terrible; pero aun con una carga heredada tan demoledora, se revela la esperanza de escapar a un destino nefasto gracias al poder que demuestra la determinación autónoma de Antígona, quien decide actuar conforme a sus principios de respeto y fidelidad a su familia y con su muerte devuelve el honor a los Labdácidas. En contraste, los dos hermanos varones, Eteocles y Polinices, son víctimas de las maldiciones del pasado y sufren la muerte uno a manos del otro como se había presagiado. Las tendencias hostiles entre hermanos —ya sea que provengan de conflictos familiares no resueltos en generaciones anteriores; o se deban a la rivalidad entre ellos—, solamente pueden superarse a través de la conjunción de afectos y virtudes que ayuden a vencer los instintos egoístas y los impulsos agresivos.

Quiero aclarar que he entendido en dos sentidos el uso de “las maldiciones” en este trabajo. Por un lado, como se entienden en el contexto mítico-mágico, se refieren al deseo expreso de que le ocurran cosas terribles a aquéllos que han cometido actos reprobables que exigen penalidad y expiación. En la antigua Grecia, los oráculos, como el de Delfos, eran los portavoces del veredicto de los dioses. Cuando alguna afrenta grave quedaba sin castigo, la maldición perseguía a los descendientes del culpable.

El segundo sentido es el de la interpretación simbólica de las maldiciones que caen sobre la descendencia como una especie de conciencia moral que se transmite de padres a hijos mientras no se hayan saldado cuentas del pasado (Bergua, en *Introducción a Sófocles*, 2000). Vernant (1988) lo explica como un poder del infortunio que acompaña no sólo al criminal sino al crimen mismo, con todo lo que lo rodea, desde sus antecedentes más lejanos, las motivaciones psicológicas que lo provocaron, sus consecuencias, la deshonra que conlleva, el castigo que merece el culpable y alcanza a sus descendientes. La palabra empleada para este tipo de poder

divino es el de *daimon* (δαίμων). Eurípides, siguiendo el espíritu trágico de Esquilo, emplea el verbo δαίμονάω (ser poseído), para describir el estado psicológico de los hijos de Edipo, que fueron condenados al fratricidio por la maldición de su padre: “*verdadamente poseídos por el δαίμων del espíritu maligno*” (Vernant, 1988, p. 36). Este significado es equiparable al concepto psicoanalítico de transmisión psíquica, empleado por autores como Rene Kaës, Faimberg, Enriquez y Baranes (1996), entendido como una fuerza que oprime el ánimo o el espíritu de los descendientes de quien hubiere cometido un acto criminal o de alta inmoralidad en el pasado, aunque no haya ninguna exigencia pública ni jurídica de cumplir un castigo. Lo que sucede es que al interior de la familia se queda grabada la falta, por lo que –consciente o inconscientemente– subsiste el deber familiar de expiación y enmienda de los perjuicios ocasionados por alguno de sus antepasados. Tal es la misión que asumió Antígona, pues el fin de su acción no sólo era cumplir con el deber de hermana, y dar sepultura a Polinices; sino que comprendió que las graves infamias cometidas por sus antepasados requerían de una acción radical, capaz de acabar con las maldiciones ancestrales y sanar el honor de toda la dinastía. Efectivamente, lo heroico de su vida y de su muerte permitió la inmortalidad de estos personajes.

Volviendo a la pregunta inicial, ¿será posible sacar conclusiones válidas sobre la complejidad de los vínculos fraternos partiendo del análisis de un mito? ¿Cómo es posible comparar la realidad de las sociedades contemporáneas con relatos de comunidades arcaicas? Mencionaré brevemente algunas razones por las que sí es posible. Si bien es cierto que las características de los vínculos fraternos no han cambiado y se ven reflejadas en los mitos y en las tragedias, sí es verdad que las modalidades de interacción evolucionan de acuerdo a la dinámica que mueve las relaciones interpersonales en cada cultura o sistema social. Por esto es relevante la indagación

sobre la asociación que existe entre las formas de relación fraterna y el comportamiento social en una comunidad.

El orden de este libro inicia con la explicación general de los diferentes períodos históricos. Hay que tener presente que Antígona y la saga de la que forma parte provienen de fábulas y leyendas de épocas muy remotas que fueron integradas en varias de las tragedias escritas por Sófocles y aparecen en algunas obras de Esquilo y de Eurípides. Estas tradiciones míticas se transmitieron a través de generaciones, no porque la historia que cuentan fuera verídica, sino porque en su contenido se condensan una serie de fantasías, temores, incertidumbres e ilusiones que forman parte del sentir de la colectividad en el tiempo en el que se originaron y siguen resonando aún frente a públicos del presente. Lo que les da permanencia a ciertos mitos es que tocan de manera muy fina los afectos humanos, las creencias, las aspiraciones y los grandes cuestionamientos de la humanidad, que tienen que ver con el origen de la vida y con su fin básicamente. Por eso aún hoy podemos encontrar sentido en el simbolismo de los mitos.

El segundo capítulo se centra en la explicación del género dramático como una forma de expresión artística relacionada con la vida y muerte de los griegos en las guerras y con los planteamientos que los hombres del siglo V a. C., empezaron a hacerse acerca del poder de los dioses sobre su vida, y de la responsabilidad individual en las consecuencias de sus acciones. Desde la perspectiva de los contemporáneos de Sófocles, la fábula trágica daba expresión a sus más grandes temores y dudas, sobre todo al encontrarse en un escenario real de guerra que avizoraba un final nada feliz.

La tragedia también tuvo por finalidad sacudir las conciencias y conmover los afectos para reunir a la ciudadanía en solidaridad ante el inminente cataclismo de la *polis* que pronto sería derrotada por los espartanos. Desde los trágicos escenarios actuales de guerras, la tragedia griega seguramente hace resonancia en nuestras

conciencias, y ojalá sea para prevenir la devastación de la humanidad gracias a vínculos fraternales estrechos y a la honra a los padres y figuras de autoridad.

Hay que pensar también que en el siglo V a. C. los autores dramáticos retomaron estos mitos arcaicos y los pusieron en escena cambiando la tónica de la expresión literaria de la épica para transformarla en tragedia. El cambio radical entre estas dos expresiones literarias es que, mientras la épica refleja un modelo de comportamiento conforme a los ideales heroicos de la Grecia antigua, la tragedia tiene el propósito de provocar un efecto crítico y catártico en el público (Vernant y Vidal, 1988). Esta catarsis, descrita minuciosamente por Aristóteles (*Poet.* 1462b) no solamente es un desahogo emocional ante escenas que provocan temor o compasión; sino que activa la conciencia en la conjunción de la reflexión y de la emoción, para conducir a la clarificación y a la purificación, transitando desde la perturbación al equilibrio interno. Es decir, al representar situaciones de contenido político y filosófico, la estructura de la tragedia tiene el fin de conmover los sentimientos provocados por el sufrimiento de los protagonistas; pero también su fin es incitar el pensamiento crítico sobre postulados y paradigmas que no contribuyen a resolver los enigmas que se le plantean a los hombres en un momento dado (Nussbaum, 2001). Antígona, por ejemplo, es un personaje que presenta ante el público las contradicciones de la justicia que rige en la *polis*, tales como los dilemas de obediencia civil cuando se contraponen a las leyes eternas de los dioses; las obligaciones familiares de las mujeres que enfrentan el impedimento de la ley para cumplirlas; la consideración del *oikos* (οἶκος) como núcleo fundamental de la *polis* y la relegación de su protección por la soberbia de un tirano.

Las tragedias se produjeron y se presentaron justamente durante el siglo V a. C. La primera de las que conocemos fue *Las suplicantes* de Esquilo, escrita alrededor de 490 a. C., el mismo año

de la batalla de Maratón, durante las Guerras Médicas. La obra de Sófocles coincide con la guerra del Peloponeso. *Antígona* fue escrita en 442 a. C., *Edipo Rey*, se presentó alrededor de 430 a. C., un año antes del inicio de esta guerra. *Edipo en Colono* fue de las últimas tragedias escritas, pero se presentó en 401 a. C., después de la muerte de Sófocles y al finalizar la guerra del Peloponeso, que resultó la verdadera tragedia para Atenas. Además de la coincidencia cronológica, las obras trágicas que constituyen el Ciclo Tebano ponen en escena la revolución del pensamiento provocado por la guerra. Tanto su contenido como su forma dan expresión al desencanto del espíritu ateniense en relación a lo que había sido causa de su orgullo, que era la victoria en la batalla, la valentía de sus héroes y el engrandecimiento de la *polis*.

Después de esta visión trágica llega la esperanza heroica. En el tercer capítulo descubro quién es Antígona, no sólo en la tragedia sino en la tradición mítica de los griegos. Una mujer con la misión asumida de cerrar el ciclo tebano y restaurar el honor de la familia. Antígona como hija y como hermana actúa de acuerdo a sus convicciones con tal fuerza y valentía que ha dado lugar a muchas reflexiones a través de la historia.

El capítulo cuarto se enfoca en las características del comportamiento ético y de la conducción de las emociones con arreglo a las virtudes como sustento de los vínculos fraternos. Gran parte de las aportaciones filosóficas de Platón y Aristóteles en torno a las virtudes se orientan a su relevancia para la convivencia en concordia. En el pensamiento aristotélico, la autorrealización de los hombres es impensable en aislamiento; solamente es considerada como buena una acción que acarreará beneficios a la comunidad. Las relaciones fraternas, por tanto, son la primera escuela de convivencia y exigen –como todo aprendizaje–, una serie de hábitos de conducta, disciplina y autorregulación para llegar a ser buenos hermanos y buenos ciudadanos.

Con el fin de comprender los procesos que intervienen en la construcción de los vínculos fraternos en la realidad, he empleado conceptos teóricos de la psicología, que considero de gran ayuda para profundizar en los aspectos cognitivos y emocionales que se generan al tener hermanos. Los autores a los que hago referencia en el análisis de la fratría, coinciden en el señalamiento de que los vínculos afectivos requieren de ambientes familiares cálidos por un lado y disciplina y esfuerzo para doblegar los instintos perentorios que se interponen en el estrechamiento de lazos interpersonales.

El análisis de las circunstancias que afectan las relaciones de Antígona y sus hermanos comprende dos perspectivas, una proviene del eje vertical, que es lo que se hereda o transmite de padres a hijos; y la segunda es el eje horizontal, que es el constituido por los hermanos. En el quinto capítulo expongo paso a paso la trayectoria del ciclo tebano a través de cinco generaciones y la cadena de transgresiones morales que inevitablemente pesan en el destino de los descendientes, hasta llegar a Antígona y sus hermanos. En cuanto a los vínculos que sostienen los hermanos, expongo las diferentes etapas en la consolidación de lazos fraternos para acceder a la solidaridad y lealtad, después de superar la envidia y rivalidad propia de las formas primarias de vinculación.

Finalmente, la obra de Sófocles demuestra que el heroísmo de Antígona no solamente enaltece a su familia, sino que la comunidad entera recibe los beneficios de su valiente acción.